

UNA VIDA POR LIBRE. FRAGMENTOS [3ª Parte]

JOSÉ SILES ARTÉS
Escritor

MIRANDO HACIA ATRAS

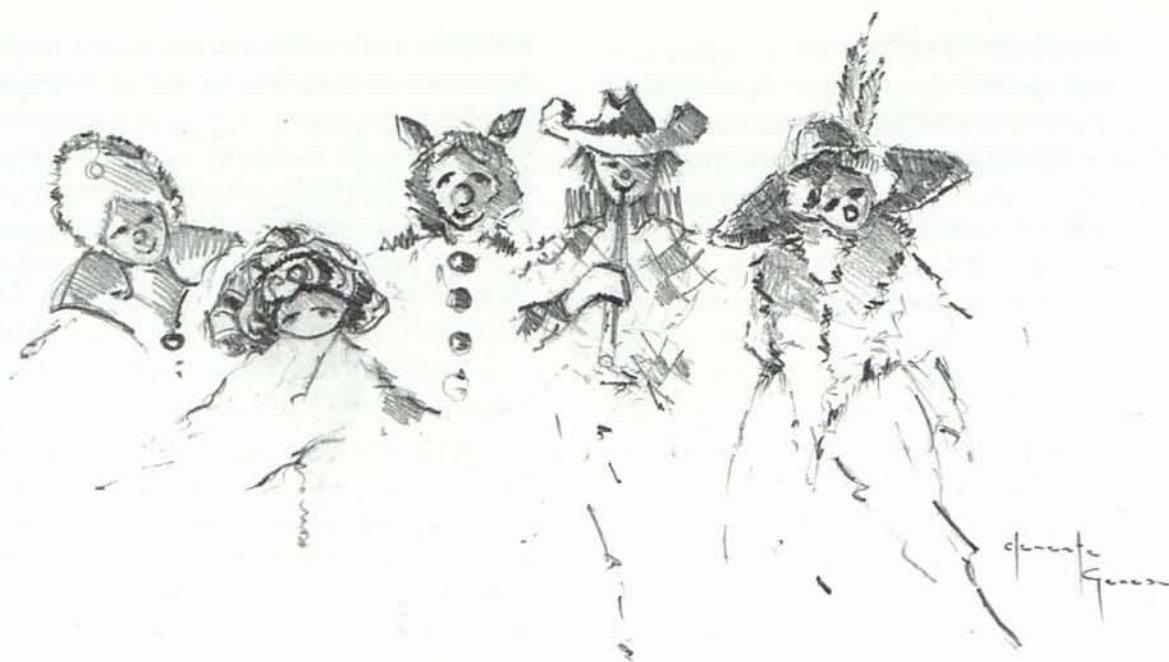
Conforme he ido tirando del hilo de la memoria, desempolvando antiguas imágenes, me han intrigando cada vez más sucesos y personas de las que no conservo más que una visión ingenua, incompleta, o una referencia transmitida. Son vestigios parcialmente iluminados, que al ser en esta edad tardía enfocados, me han hecho comprender que es mucho más lo que ignoro que lo que conozco, suscitándome una curiosidad compulsiva. Esta exploración por el pasado me ha resultado apasionante.

Tengo ante mí una foto del día en que se inauguró la cantina escolar de Garrucha, año de 1933, en la cual aparezco en brazos de una atractiva muchacha (María *La Realilla*, amiga de la familia). Están mi padre, joven, tres hermanos —falta el menor—, mi

hermana, otros niños y maestros del pueblo y hombres y mujeres, caras conocidas cuyos nombres se me han ido de la memoria hace mucho tiempo. Es una estampa entrañable del álbum familiar, ya pálida y lacia. Ahí está todo el oro y la música de mi infancia, de mi familia. Contemplarla de vez en cuando me sumergía en olas de emocionada nostalgia. Pero ahora, al rastrear los hitos de mi vida, me provoca mucho más. ¿Cómo eran los mayores de ese documento? ¿De qué hablaban? ¿Qué les preocupaba? ¿Qué pasaba en el pueblo entonces? ¿Cómo era María? ¿Cómo su hermana Carmen? ¿Cómo su tía, doña Flor, que fue Juez de Paz y que huyó del pueblo cuando entraron los nacionales? Estas personas hicieron la travesía de mis años de inocencia conociendo los factores determinantes y las causas inmediatas, los hechos, los precedentes y las consecuencias. Que yo sepa, en este día en que escribo, no que-



La cantina escolar de Garrucha en 1933. (Dibujo de Clemente Gerez)



Tarde de Carnaval antes de la guerra. (Dibujo Clemente Gerez)

da más que uno de los adultos asistentes a la inauguración de la Cantina Escolar.

Aquel momento, aquel tiempo, lo viví como niño, incapaz de captar el mundo de los mayores, creciendo y viviendo siempre con ese gran vacío. Con algunos de los niños de esa foto, he conversado en distintas ocasiones, pero no son ellos los que me intrigan, sino los mayores, personas que conocí, cuyos rostros me son familiares, recuerde o no sus nombres o sus apodos.

UN CARNAVAL

En la calle Mayor del pueblo viví una tarde de Carnaval que llevo en lugar privilegiado de la memoria. Debió ser en el 36, menos probablemente el 35. ¿Quién me llevaba de la mano entre aquel bullicio? Quizá mi hermana Carmen. Fue seguramente la primera aglomeración festiva que yo presencié, habiéndome dejado una huella imborrable. Había tanta gente entrecruzándose y diciéndose chocarrerías que parecía estar allí todo el pueblo. Muchos llevaban simplemente una careta que de buenas a primeras me sobrecogió por la inmovilidad de las facciones: aquellos labios hablaban sin moverse. Habría preferido que fueran completas, que cubrieran también la cabeza por detrás, pues el dejar sin tapar el cogote del hombre o mujer era tanto como admitir que se trataba de un engaño. Me gustaron más los antifaces, y me hicieron mucha gracia los rostros pintarrajeados que disimulaban la fisonomía particular, desafiando a que se

les reconociera: «*mascarica, ¿me conoces?*». Era la frase más repetida en medio de aquel jolgorio. Se me quedó grabada para siempre. Mientras, el asfalto se cubría cada vez más de serpentinas y lentejuelas que se arrojaban unos a otros; pisábamos sobre una alfombra de papel.

Yo creí reconocer a varios hombres y mujeres cuyos rostros eran muy familiares en el pueblo, pero después supe que engañaban. Se habían disfrazado de «otro» —casi siempre ridiculizándolo—, por lo que el «*mascarica, ¿me conoces?*» no era tan fácil de responder para las personas mayores. Es más, durante el acontecimiento me resultó incomprensible que varias personas estuvieran «repetidas».

De pronto, por una bocacalle, apareció una comparsa; llevaban acordeón y bandurrias, iban disfrazados y cantaban una copla satírica. Varias veces le oí decir a mi madre que algunas de estas letras de carnaval eran crueles con defectos u obsesiones de tipos del pueblo y que creaban resentimientos innecesarios. Otras se referían a temas de actualidad, a acontecimientos o preocupaciones del momento, como la que transcribo a continuación, que me proporcionó Josefina Garrido, *La Retratista*, y cuyo autor, como otros cantares que se hicieron populares, fue Pedro *El Sopas*, que ejercía el oficio de zapatero:

*Estamos en Garrucha
como en el cielo,*

*arreglo de las calles
gases y puertos
y con tanto trabajo
no hay qué comer.*

*Señores, yo prefiero
saber por qué
vinieron los ingenieros
en busca de gasolina
y después vinieron otros
prometiéndome las salinas.
Unos y otros se marcharon
y este pueblo de infelices
se ha quedado chasqueado
rascándose las narices.*

No sé si la cuarteta que sigue formaba parte de la copla anterior o si era independiente:

*Muelle, petróleo y salinas
las tres cosas a la vez;
nosotros rabiando hambre,
¡aupa! ¡Y las cosas sin hacer!*

En la bruma de mi recuerdo de aquel carnaval sobresale el color blanco, ya que muchos habían recurrido al simple y económico procedimiento de enrollarse en una sábana para despistar. También se propinaban pellizcos a los traseros, sobre todo a los ampulosos, que no podían sino acabar bastante lastimados. Tan carnal celebración fue terminantemente prohibida por los nacionales, tildándola de procaz, escandalosa y desvergonzada.

ALMERIA ENTREVISTA

Qué gozo ha sido volver a pisar Almería, aunque sólo hemos pasado unos días. Hemos ido mis padres, los dos menores y yo. Mi padre, preocupado por su expediente de depuración, aún sin resolver, ha estado haciendo indagaciones en la Delegación Provincial de Enseñanza y hablando con antiguos colegas y amigos.

Cada verano antes de la guerra pasábamos un mes de vacaciones en Almería, en casa de mi tía Antonia, hermana de mi padre, y mis recuerdos se refieren a un sector muy reducido. Estoy viendo sobre todo la glorieta de San Pedro, escenario de mis juegos, con sus bancos de mosaicos blanquiazules, sus pérgolas, cenadores, sus candelillas diseminadas por el suelo y su fuente central, donde un perezoso

borbollón vertía sobre una palmatoria que a su vez derramaba en una pileta, morada de turbio verdín y dorados peces que se movían de manera incierta e imprevisible. De cuando en cuando las campanadas del reloj de San Pedro retumbaban sorprendidas e imponentes. La magia del escenario la compartían la contigua placita de Urrutia y la red de calles estrechas que hay entre el Paseo y la iglesia de los jesuitas. Casas con zaguán, puertas esbeltas, aldabas doradas, mirillas y rejas con antepechos, tras las que se recluían enigmas y secretos familiares.

Mi tía vivía en la calle Barceló —hoy Padre Alfonso Torres, parte del meollo «tapero» de la ciudad—, que era meramente residencial. Corta, honda y sombría, el tiempo parecía allí parado. Sólo se oía el ruido de los coches de caballos que transitaban por la perpendicular calle de Ricardos, enlace entre la glorieta de San Pedro y el Paseo del Príncipe. Sonaban huecos los cascos de los caballos sobre los adoquines, y yo veía pasar los coches como volando, pues la calle Barceló está unos metros más baja que la de Ricardos, sirviendo de comunicación entre ambas unas escaleras.

Junto a la puerta de cada casa había unas puertecillas de hierro que encerraban la llave de paso del gas. Abrirlas y cerrarlas, y sacar y meter cosas en aquel hueco fue un gran entretenimiento mío y de mis primas una de aquellas vacaciones.

El viaje lo hemos hecho esta vez en el «Alsina», el autobús que une Murcia con Almería, pasando por Garrucha. Lo llaman así porque a los lados pone, *Alsina y Graells, S. A.* Garrucha no está en la carretera general; para unirse a ella hay que ir hasta Vera —en dirección a Murcia—, o hasta Los Gallardos —en dirección a Almería—. Garrucha también está comunicada con la estación de Zurgena por medio de «El Caíto», una camioneta con un techo de lona curvo y con bancos de madera, de manera que puede transportar tanto pasajeros como patatas, pescado o lo que se presente. «El Caíto» es en realidad el apodo del dueño. De Garrucha sale por la mañana un coche Ford descapotable que va por la costa hasta Carboneras con el correo y vuelve por la tarde. Esta carretera es de tierra, como la que comunica con Palomares y Villaricos. Por allí veo yo que se va la tartana del cosario, tirada por un burro, y que lleva asientos, y que mi padre dice que «no es apta para personas con problema de columna». El cosario trae encargos de Cuevas del Almanzora, como cintas, botones, agujas, cuadernos, lápices... Es porque hay tantas tiendas cerradas en Garrucha. En la calle Ma-

yor se oye con frecuencia una trompetilla; es el co-sario que avisa a los que quieran encomendarle algo.

En el Alsina a mi padre y a mi nos tocó ir de pie la mayor parte del tiempo, pues «*venden más billetes que asientos*», se quejó una pasajera. Mi madre ocupó un asiento y Gabriel y Antonio otro.

La primera parada fue en Turre, donde mi padre se apeó y estuvo charlando unos minutos con don Juan Ignacio, un compañero suyo que le habían avisado no sé cómo y que nos obsequió con una gran rueda de tejerings calientes envuelta en papel de estraza. En la parada de Sorbas se me olvidó orinar, y al poco empezaron a apretarme las ganas. Teminé por decírselo a mi padre.

— *Aguanta hasta que llegemos a Tabernas* —me aconsejó.

— *¿Falta mucho?*

— *Poco.*

Aquel poco se me hizo eterno; tanto que cuando el autobús frenó en la calle Mayor de Tabernas, la orina me estaba ya corriendo por las piernas, y eché un chorro tan largo que me parecía que no iba a terminar. Me volvía ya hacia el autobús cuando vi en la acera de enfrente un gran anuncio sobre el dintel de una puerta que decía: *Farmacia. Pedro Siles*. Se lo señalé a mi padre, que respondió:

— *Sí, ya lo sabía, pero no son parientes nuestros ni nada.*

Me quedé estupefacto, no podía digerir la revelación. Era como si aquellos otros Siles fueran unos impostores, unos ladrones que andaban luciendo nuestro apellido, porque Siles, yo había creído hasta entonces, era una denominación exclusivamente nuestra, una marca registrada. Me desconcertó también la manera como mi padre asumía la usurpación de la marca. Monté en el autobús y, buscando solidaridad, le indiqué a mi madre el rótulo a través de la ventanilla, pero ella se limitó a sonreír con regocijo.

Ha sido un viaje muy interesante; he visto cosas en que no me fijaba cuando era más pequeño o que recordaba brumosamente. El color de la tierra, los nombres de los pueblos, su situación en la distancia, los cruces, las paradas, pero sobre todo la presencia de otros pasajeros de variada pinta. Qué diferencia con los viajes de antes de la guerra, cuando mi padre alquilaba un taxi —el único que había en el pueblo— Tenía unos asientos tan cómodos, marchaba tan rápido..., aunque el chófer —siempre con boina— era

muy antipático; no nos dejaba jugar con las manillas de las puertas y los cristales. A través de estos veíamos avanzar hacia nosotros los postes de la luz y los árboles a gran velocidad, como huyendo. Cuando pasábamos frente a alguna cortijada o pueblo, mi madre siempre nos decía el nombre: «*La Venta del Chocolate*», «*Alfaix*», «*Los Castaños*»...; «*Mira, Turrillas, allá arriba, el pueblo de tu abuelo*», «*La Venta de los Yesos*»... La parada en el cruce de Sorbas era obligada, bajo el pueblo erguido y aislado, donde siempre se nos señalaban los chorreones de los retretes sobre la cara del promontorio.

Qué emoción me ha producido también la propia Almería, tan fabulosa en mis recuerdos como las ciudades de los cuentos que he leído. De allí venían siempre los regalos de Reyes, como los que nuestros padres nos han traído últimamente: coches de cuerda, un parchís, un rompecabezas y tres pelotas muy raras, pues no botan como las de antes de la guerra: son de cuero y están rellenas de viruta —la goma, no sé por qué, es otro de los artículos escasos de la posguerra—. No pude ocultar mi decepción por esas pelotas muertas; me sentí ofendido. Luego, cuando vi que otros niños las tenían igual, se me pasó el enfado.

En Almería se ven claramente los efectos de la guerra, como en Garrucha: viviendas cerradas y abandonadas, con macetas secas, jaulas mudas y persianas rotas.

— *¿No es ahí donde estaba la logia masónica?* —preguntó mi madre.

— *Psii...* —respondió mi padre llevándose un dedo a los labios—.

En un portal vecino entraba y salía un hombre joven, fornido, vestido de falangista. Era uno de los mandos destacados del partido en Almería. Había luchado en las filas de Franco, informó mi tía.

En la glorieta de San Pedro el agua sigue manando suavemente, pero la pileta está llena de latas, zapatos viejos y escombros, y han desaparecido los peces de colores. Las campanas de San Pedro retumban con la misma fuerza, pero ahora con un deje inquietante. En la panadería de la contigua calle de Castelar ya no venden aquellas sabrosas rosquillas de aceite. Tampoco he probado los azucarados plátanos de antaño, ni las chocolatinas. Y en casa hemos seguido comiendo lo habitual: lentejas, patatas, boniatos, jureles y sardinas. Y muy contentos de haber dejado de sufrir las mordeduras del hambre de la guerra y la inmediata posguerra.



Escuadras falangistas desfilando. (Dibujo de Clemente Gerez)

Ha pasado volando el tiempo en Almería, que desde aquí veo como una ciudad maravillosa, envuelta en una bruma mágica, como las de los libros de cuentos. Pero mi padre ha regresado tan reconcentrado como se fue, y hasta el momento no he podido averiguar el motivo exacto. Estoy en ello.

ESCUADRAS MARCIALES

Desde que volvimos de Almería no oigo más que trompetas y tambores. Somos las diferentes escuadras que hacemos instrucción.

Hace como un mes nos tomaron las medidas y ya han llegado los nuevos uniformes de flecha regalados por la Delegación de Falange: camisa azul, boina roja y pantalón corto negro. Los cadetes y los mayores llevan pantalón largo.

De momento no nos dejan ponernos estas prendas porque quieren que estén flamantes para el día de un gran desfile que va a tener lugar en el Malecón. Es para lo que nos estamos entrenando.

Los movimientos hay que hacerlos todos al mismo tiempo, como movidos por un resorte. Y una de las cosas en que más insiste el instructor es en el «vista a la derecha», que tiene que salir perfecto. Ahí es donde se va a ver si tenemos orden y disciplina.

«¡Vista a la derecha!», gritará nuestro jefe en un momento del desfile, y todos tendremos que girar la cabeza al mismo tiempo y con la máxima energía, lo que se hace para saludar a los mandos y autoridades que estarán situados en una gran tribuna. Dicen que va a venir hasta el Gobernador Civil, pero esto no es seguro.

De tanto preparar el «vista a la derecha» a mí se me ha puesto dolor de cuello, no lo puedo girar del todo y todo el tiempo que lo mantengo vuelto me duele. Es un gran alivio cuando oigo «¡vista al frente!» y lo traigo a la posición normal.

PERSPECTIVAS

Manuel ya aprobó las asignaturas que le quedaban para obtener el título de bachiller, y mi padre dice que le convendría cursar la carrera de magisterio. Es más, parece que está a punto de salir una ley que permita formar maestros en poco tiempo. Hay muchas escuelas desatendidas por motivo de los encarcelados, los sancionados, los huidos y los muertos en los campos de batalla. Pero Manuel no está conforme con la idea de mi padre. Dice que no le gusta el magisterio, que quiere hacerse marino de guerra, aunque últimamente habla también de la carrera diplomática. Mi padre se indigna con estas aspiraciones, a las que llama «utópicas», y repitiendo que su hijo mayor vive en las nubes. Mientras tanto Manuel dedica horas y horas a la lectura. Ya lo hacía durante la guerra, cuando él y sus amigos entraban en las casas cerradas del Malecón, casas de acomodados veraneantes donde encontraban libros de buenos autores, franceses, ingleses, rusos y españoles. La mejor colección con la que toparon fue la de un tío de Emilio y Pedro Moldenhauer. Por cierto que en una de las casas cerradas descubrieron una piragua y se apoderaron de ella, y al terminar la guerra aparecieron los dueños que la reclamaron con mucha educación, pero ellos siguen usándola —mi padre está indignado con esto; dice que es un abuso—. A esa piragua le han dado un nombre griego y se refieren a ella como si fuese diez veces más grande y llevara velas, cuando en reali-



Muerte de Modestina Guido. (Dibujo de Clemente Gerez)

dad sólo caben dos personas que la mueven cada una con un remo. Bogan desde la Caseta del Pósito hasta la punta del muelle y dicen que han atravesado el Mar Egeo. No se tarda más de un cuarto de hora en la travesía pero ellos lo comentan como si fueran varios días. Se han puesto además nombres supuestos, sacados de las leyendas griegas, y se han hecho tripulación, cada uno con un cargo: timonel, contra-maestre, piloto, capitán. El capitán es Manuel, «*el que lo urde todo*», dice mi padre.

ADVERSIDAD

Murió hace unos meses Modestina Guido, creo que de una neumonía. Tenía diecisiete años. La desgracia ha sobrevenido mientras su padre, don Rodrigo, se halla en prisión militar, esperando juicio. De pelo tirando a rubio, tenía unos ojos redondos con un brillo de oro. La mayor de once hermanos, le sigue Pepe que, como su padre, es pequeño, enjuto, fuerte y de piel oscura. En casa estamos muy al tanto de la suerte del capitán Guido, íntimo amigo de mi padre. Don Rodrigo, que estaba al mando de la compañía de carabineros de la comarca no se sumó a la sublevación. Su mujer, doña Isabel, no para de ir y venir de Madrid, donde vive un hermano del marido, buscando recomendaciones para que la condena sea lo más leve posible. La familia se ha quedado en situación desesperada, pero menos mal que un hermano de doña Isabel, un abogado de un pueblo de Granada o de Jaén, goza de una buena posición y les está ayudando.

Hay bastantes familias en la indigencia por razones similares. En algunos casos se trata de personas muy mayores que han perdido a los hijos u otros familiares jóvenes que las sostenían.

Doña Isabel ha estado en casa varias veces y les ha contado a mis padres algunas de las gestiones que ha hecho para salvar a su marido de la condena a muerte. Ha estado en despachos oficiales y visitado antiguos compañeros de academia de don Rodrigo.

Doña Isabel («*La Capitana*»), tiene un genio muy fuerte. A nadie que la conozca se le ocurre llevarle la contraria cuando está furiosa. Yo he notado que cuando empieza a parpadear muy rápido es que está

a punto de estallar. A mi padre doña Isabel le tiene un gran respeto. Recuerdo una noche que se presentaron ella y don Rodrigo en casa; venían discutiendo y cada uno quería contar a mi padre sus razones. Mi padre ya estaba en la cama, pero sentado en ella les habló un rato con mucha calma, y se fueron tan felices. Doña Isabel tiene unos grandes ojos claros, el pelo tirando a rubio y la piel blanca. Don Rodrigo tiene la piel oscura; tiene algo de mestizo; creo que procede de Cuba. Aunque tienen tantos hijos, a los amigos de sus hijos nos tratan casi con el mismo cariño. Mi madre está admirada de cómo doña Isabel está sacando la familia adelante en medio de sus apuros económicos y del racionamiento, que no les llega ni para la mitad de la semana.

NOVEDADES

Por fin le llegó a mi padre la depuración política, libre de sanción, con lo que la vía queda despejada para solicitar la ansiada escuela de Almería. Desde entonces tintinea en el aire de la casa una campanilla de júbilo. De pronto el gallo que tenemos en el corral cantaba como si quisiera volar. Los pajarillos que al atardecer se refugian en la acacia multiplican sus trinos. La espuma del mar es más blanca y las olas brincan con más gracia. Mi padre está más distendido y de mejor humor, y mi madre ya expresa su deseo sobre el barrio y el tipo de vivienda que nos convenía alquilar en Almería, inclinándose preferentemente por la calle de la Reina, donde pasó su ju-



Doña Isabel visitando a su marido, condenado a muerte, en la cárcel. (Dibujo de Clemente Gerez)

ventud. Pero esto no se puede hacer inmediatamente; hay que esperar a que el Ministerio de Educación Nacional convoque concurso público de traslados.

Manuel está en Almería haciendo el curso para maestro. No le parecen muy interesantes las asignaturas de pedagogía que tiene que estudiar, y mucho menos la doctrina de la Falange que es obligatoria. Lo que más le gustan son las escaladas, acampadas y las prácticas de atletismo. Nos ha enviado una foto en que se le ve asiendo gallardamente una jabalina, junto a varios compañeros, vestidos todos de camisa azul.

EL MALECON

Casi todas las casas del Malecón pertenecen a familias de Cuevas de Almanzora, a unos quince kilómetros de aquí. Son descendientes de los propietarios de las minas de Almagrera, que hicieron mucho dinero en la segunda mitad del siglo XIX. Se hicieron construir estas casas para pasar el verano, y nosotros vivimos de alquiler en una de ellas. El mar lo tenemos enfrente; se cruza la calle, se baja una rampa y en seguida está la playa. En cuanto estalló la guerra los veraneantes desaparecieron, pero terminada ésta han vuelto. Entre ellos se ven caras muy

contentas; otras no tanto, pues hay quien ha estado escondido, sufrido prisión o perdido algún familiar, ya por represalia, ya luchando en las filas de Franco. Por la mañana se bajan a la playa a bañarse; por la tarde, después de la siesta, se sientan a sus puertas para tomar la brisa fresca del mar y hacer tertulia. El Malecón está en alto; es como un balcón. Desde nuestra casa podemos ver las olas chocar y romperse con furia cuando sopla el levante; brincan y lanzan hacia arriba espuma blanca. En esos días los barcos de pesca se colocan al abrigo del muelle grande, cara a Poniente. Si hace bueno amarran en el espigón pesquero, justo delante de nuestra casa. Desde aquí se hacen a la mar al atardecer y regresan de mañana. Los barcos de vela y los de remo no tienen unas horas tan regulares, y de momento faenan más a menudo que los barcos de motor porque el gasoil está rigurosamente racionado. Durante la guerra el Malecón estuvo prácticamente deshabitado; se veía abierta la casa del médico, la nuestra, la de una maestra, doña Nieves, y una o dos más. De noche daba miedo caminar por allí.

Las familias del Malecón se bañan cada una enfrente de su casa, donde plantan un toldo. Los menores en mi familia también nos bañamos enfrente, pero como yo ya voy siendo mayor a veces me escapo al



Barcos frente al Malecón. (Dibujo de Clemente Gerez)

rincón del puerto, donde se bañan los muchachos y muchachas del pueblo. Allí veo a Manuel y a Juan con sus amigos exhibiendo su musculatura y haciendo posturistas junto a las chicas, que llevan un bañador con faldellín. Salieron unas normas en el periódico sobre moralidad en las playas que obligan a llevar ese faldellín a las mujeres, y un bañador de cuerpo entero los hombres. Se pusieron las normas a la puerta del Ayuntamiento y el cura las ha leído desde el púlpito varias veces, y aunque todas las mujeres las cumplen, los hombres casi ninguno; sobre todo los jóvenes. Siguen llevando taparrabos, y si se acerca el guardia municipal pegan un salto y se meten en el mar hasta que el guardia se aburre y se va. Casi todo el mundo se baña por la mañana, pero por la tarde no falta animación en las playas, donde es muy entretenido ver varar los barcos que se hicieron a la mar por la mañana.

NUESTRA GRANJA

Nuestra casa dispone de una hermosa cochera donde estamos criando un cerdo, para matar cuando llegue la Pascua. Vamos a hacer morcillas, longaniza y chorizo, dice mi madre. Sólo tiene tres meses y nos lo regaló doña Isabel, quien ha alquilado este verano un esquilmo en Palomares. Se ha instalado

con todos sus hijos menores en un cortijo, y por una módica cantidad tiene derecho a todos los higos que produce la finca. Tendrán para comer ellos, para secar para el invierno y para alimentar cerdos.

En el patio de la casa tenemos una conejera con un montón de crías. Al principio era sólo una pareja. Por allí picotean también varias gallinas y un gallo, y de vez en cuando se oye un cacareo insistente, que es cuando han puesto un huevo. Mi abuela es quien se cuida de los animales. Pero ¿cómo no los tuvimos durante la guerra, sobre todo en los últimos meses, cuando hubo días que no sabíamos qué nos íbamos a llevar a la boca?

Ahora da gusto poder sentarse a la mesa dos veces al día —además del tazón de leche con sopas del desayuno—, y aunque nos comeríamos el doble de lo que nos pone mi madre, ya no sufrimos el tormento del hambre. Ahora estamos todos bastante repuestos, empezando por mi padre que se había quedado en los huesos.

SALUDOS

Mi padre no es despistado pero le cuesta aprender las costumbres que han traído los nacionales. El otro día entró en un despacho del Ayuntamiento a entregar unos papeles.

- *Buenos días.*
 — «*Buenos días*» no, don Juan. *Ahora se dice «Arriba España».*
 — *Arriba España.*
 — *Bien, pero hay que hacer el saludo falangista.*
 — *¡Arriba España!* —repitió mi padre levantando el brazo—.
 — *¡Arriba España!* —redobló el funcionario—.

Comentó mi padre el incidente con su gran amigo, don Antonio Fuentes. Estaban sentados en sendos sillones mecedores en el despacho de mi casa.

- *A mí cuando me saludan con un «Arriba España» no respondo lo mismo* —dijo el farmacéutico—.
 — *¿Pues qué dices?*

- Don Antonio se incorporó —con trabajo, pues era grueso—, elevó el brazo y cantó:
 — *¡Arriba siempre!*
 — *¿Y es correcto?*
 — *Correctísimo. Quedas mejor.*
 — *Me acordaré.*

En el despacho hubo un largo silencio, don Antonio se mecía suavemente y por fin dijo:

- *¿Te das cuenta, Juan, de que de la noche a la mañana hemos pasado del «Salud» puño en alto al «Arriba España» brazo en alto?*
 — *Es verdad, pero el «Salud» no era tan obligatorio.*
 — *Puede ser, pero convenía decirlo, ¿no?*
 — *Es cierto.*
 — *Este es un país de opereta.*

Llegaban golpes de tambor y notas de clarín sueltas desde el extremo del Malecón. Sin dejar de balancearse, el farmacéutico consultó su reloj de bolsillo. El mar retumbaba al otro lado del Malecón.

- *Esto va para largo* —barruntó mi padre—.
 — *¿Esto? El «Movimiento Nacional», no lo dudas; a ti y a mí nos entierra.*

Los dos hombres se incorporaron. Se acercaba la hora de la bajada de bandera frente al Ayuntamiento. Siempre llegaban de los primeros y se ponían en primera fila.

DÍA CUMBRE

Ataviados de camisa azul y pantalón negro —el uniforme falangista—, tocados con la boina roja de

los requetés, participamos los «flechas» en un desfile por el Malecón de Garrucha, desfile para el cual fuimos minuciosamente entrenados. Al pasar frente a una tribuna donde había unos señores vestidos de falangistas y en posición de firmes, con aire de seres superiores, alguien a la cabeza de la formación gritó: «*¡Vista a la derecha!*», y todos los cuellos giramos simultáneamente. Entonces vislumbré a dos o tres caras de hombres del pueblo que hasta entonces no me habían parecido tan importantes. «*¡Vista al frente!*», se oyó a continuación, lo que obedecimos con el automatismo enseñado. Todo había durado unos segundos. ¿Para esto tanta práctica, tanta «instrucción»? Me sentí un tanto defraudado.

A partir de este acto que sin duda conmemoraba algún acontecimiento significativo para los vencedores, se relajó la sujeción impuesta a los flechas. Se nos empezó a convocar cada vez menos para hacer instrucción o para darnos charlas sobre los puntos programáticos de la Falange. De momento se daba por cumplido nuestro papel —habíamos desfilado «en correcta formación» ante los mandos—. Fue una puerta abierta a la felicidad: teníamos mucho más tiempo para jugar. Los mayores, sin embargo, seguían vistiendo la camisa azul, teniendo reuniones, celebrando homenajes, depositando coronas.

El uniforme falangista lo vestí también para otra ocasión solemne, la primera comunión, en la que me veo entre marineritos y almirantes —uniformes heredados de hermanos mayores y conservados en el arca familiar—. Lo de comulgar de camisa azul era sin duda algo inédito, pero resultaba barato y se ajustaba como anillo al dedo al desmelenado consorcio Iglesia-Falange.

Frente al Ayuntamiento se cantaba cada tarde el *Cara al sol* y el himno de infantería en el acto de bajada de la bandera, que era coronado con los «gritos de ritual»: *¡Arriba España! ¡Viva Franco! ¡José Antonio Primo de Rivera!-¡Presente!*. Así se entró en el año 41, «Segundo Año de la Victoria»(¿), en cuya primavera se declaró una epidemia de tifus. En Garrucha los afectados fueron aislados en el edificio del Hospital, en lo alto del pueblo, donde yo nací y fui a la escuela de mi padre, que ahora se hallaba en un local del centro del pueblo. Era el año —cuentan las crónicas— en que los alemanes avanzaban sin tregua por las estepas rusas, lo que tenía sumido al diario *Yugo* en enloquecida euforia. En junio de ese año el Gobierno crea la División Azul —el adjetivo lo dice todo— de voluntarios para luchar al lado de los alemanes contra los soviéticos, y en septiembre entra por primera vez en combate



Carmen y José un día de misa y sermón. (Dibujo de Clemente Gerez)

MISA Y SERMÓN

Estoy en la iglesia, sentado en un banco junto a Carmen, mi hermana, que lleva un velo negro sobre la cabeza, como todas las mujeres.

— *¿Por qué los hombres no llevan velo?* —le pregunto a Carmen—.

— *Deja de hacer preguntas estúpidas.*

Las mujeres se cubren la cabeza con el velo, pero los hombres se tienen que quitar la boina o la gorra, y entonces se ve que muchos están calvos.

Veo también que algunos se han puesto chaqueta y corbata.

Se está acercando la hora, va entrando mucha gente, ya quedan pocos asientos libres. Esta es la misa mayor, que se me hace muy pesada, eterna, y habría preferido irme a jugar a la playa. Estaba a punto de escaparme esta mañana cuando mi abuela me ha agrado y me ha hecho lavarme y ponerme ropa limpia.

Mi abuela es muy religiosa, pero ella no va a misa; sus piernas no le permiten subir la cuesta de la iglesia.

Mi madre tampoco ha venido hoy; dice que es madre de familia numerosa, que bastante faena tiene con arreglar la casa y preparar la comida para todos

—bueno, mi abuela es la que suele hacer la comida—, que Dios tiene en cuenta estas obligaciones, y que ella es tan «católica, apostólica y romana» como el primero. Tampoco quiere ver a don Pedro *El Cruel* ni en pintura, no lo puede soportar, dice que es «una mala bestia».

La campana está repicando muy seguido, es el último toque —el tercero—, la gente se agolpa en los pasillos laterales; hay prisa por colocarse, a don Pedro le pone furioso ver gente llegar tarde. Los últimos se quedan en el vestíbulo.

Ya ha aparecido el cura. Se vuelve a nosotros con los brazos abiertos:

— *Dominus vobiscum.*

Con el cura han entrado dos monaguillos que llevan también faldas —son como unos curas

en pequeño que no se están apenas quietos—. Se arrojan, se levantan, se entrecruzan y tocan una campanilla cantarina.

No me atrae hacer de monaguillo; me parece una tontería todo el ajetreo que se traen acercándole cosas al cura, levantándole la capa, ofreciéndole toallitas... Lo único que les envidio es que son los encargados de tocar las campanas; lo hacen tirando de una cuerda que baja desde el campanario hasta el suelo. El domingo pasado les pedí que me dejaran tirar, pero me mandaron a la mierda.

El cura lleva una especie de bata blanca hasta los tobillos, y encima una coraza abierta por los lados y bordada en oro, y lo que hace casi todo el tiempo es leer de un libro pesadísimo que los monaguillos le cambian de sitio de vez en cuando. Se pone a leer con los brazos abiertos y entonces se ve que de uno de los brazos le cuelga una cinta muy ancha. Podemos oír lo que lee, pero no podemos entender nada porque es en latín.

— *¿El sí entiende el latín?* —le pregunto a mi hermana—.

— *Deja de hacer preguntas estúpidas.*

Cuando el cura se vuelve y abre los brazos, la gente se sienta, algunas señoras mayores con un sus-



Monaguillos tocando a misa. (Dibujo de Clemente Gerez)

piro. Suspiran mucho las señoras mayores, que son las que mejor saben cuando hay que estar de rodillas, en pie o sentado. Otras personas lo hacen todo al revés o no dan pie con bola, porque todo esto es nuevo — durante la guerra no había misas, ni curas, ni tocaban las campanas, ni se celebraban procesiones—.

Lo de arrodillarse es lo más molesto, a mí me pinchan las arrugas de la madera y se me quedan marcadas.

Don Pedro ha interrumpido la misa y empieza a subir la escalera del púlpito, lo que aprovecha un puñado de hombres para abandonar el vestíbulo, dejando un buen hueco. Salen a la plaza a fumarse un cigarro mientras el cura dice el sermón. Cuando acabe, volverán a entrar.

Apoyando las manos en la barandilla del púlpito, don Pedro dice que es impío abandonar el oficio divino, hacer oídos sordos a la palabra de Dios. Es por ese camino como un pueblo se embrutece hasta no saber distinguir la línea que separa el bien del mal.

Don Pedro saca un pañuelo y se suena ruidosamente; las paredes del templo devuelven sus resoplidos. Dobla el pañuelo sobre los mocos, se lo guarda en un bolsillo que debe estar muy hondo y levanta el dedo índice.

— Con esa costumbre pagana, irreverente; con ese desprecio del oficio de un ministro de la Iglesia voy a acabar yo, os lo aseguro, y no me importa que

me llaméis el cura malo o don Pedro *El Cruel*... —Se oye un discreto rumor, algunos se miran furtivamente—. Sí, sí, ya estoy enterado del apodo que me habéis puesto. No me molesta,

Ahora don Pedro cuenta que una gran multitud escuchaba a Jesús, pero llevaban mucho tiempo sin comer y sólo había unos pocos panes y unos pocos peces. Entonces Jesús los multiplicó, hizo que se convirtieran en miles de panes y peces, de modo que todo aquel gentío pudo satisfacer su hambre. Si Jesús viniera por Garrucha, pienso yo, podría multiplicar la pequeña ración de comestibles que nos dan cada semana.

De los peces pasa don Pedro a hablar de los pescadores de Garrucha, hombres sufridos y recios, pero que viven de espaldas a la Iglesia de Dios. ¿Dónde están los pescadores en este día de loor a Dios? ¿Cuántos pescadores hay aquí en este momento, en esta ocasión? A ver, ¿alguien me lo puede decir? ¿Alguien me puede señalar un pescador que esté escuchando en este instante la palabra de Dios? Hace una pausa y recorre con la mirada todo el espacio del templo. Algunos se miran de soslayo, y yo me vuelvo rotundamente a ver si veo un pescador; entonces Carmen me agarra una oreja y me hace mirar al frente. No me gusta ir con mi hermana a los sitios, porque nunca me deja hacer lo que quiero.

En esto se oye un golpe seco, la gente se vuelve, corre un murmullo; el cura sigue predicando pero nadie le escucha. ¿Qué pasa? Yo no veo nada.

— *Alguien se ha desmayado* —dice un señor a una señora que está a mi lado—.

— *Con este calor, no me extraña.*

— *Es que llevamos ya tres cuartos de hora de sermón, la gente no es de hierro.*

Se oyen suspiros de alivio, carraspeos y toses mientras el sacerdote desciende los escalones del púlpito. Está ya frente al altar cuando se produce otro revuelo en la congregación, esta vez más cerca de nosotros.

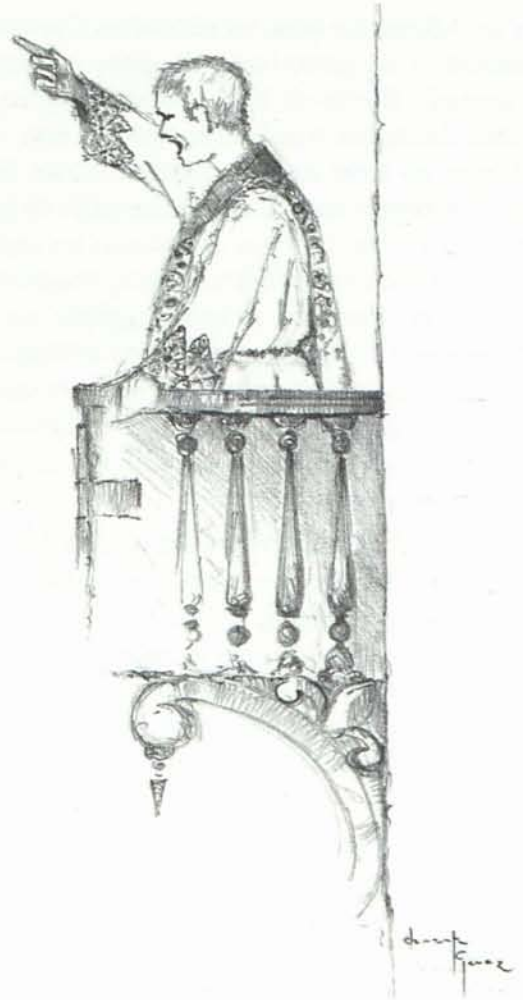
— *Otra baja* —comenta el señor de antes—.

Con el sacerdote de espaldas, empiezan a entrar los que salieron a fumarse un cigarro —se les oye perfectamente—.

Todos de rodillas mientras don Pedro alza una copa de oro y los monaguillos le levantan la capa por detrás. Se pone la copa en los labios y apura hasta la última gota —es vino, yo lo sé—. La limpia y relimpia con una servilleta, la mete en un armarito que hay sobre el altar, y lo cierra con llave.

Ahora la campanita tintinea todo el tiempo mientras da la comunión. La gente sube hasta el altar, se arrodilla, abre la boca y él les coloca en el labio un papelito blanco redondo. Es la hostia, yo no sabía nada de ella hasta que entraron los nacionales. Ya con ella en el cuerpo se bajan con las manos juntas y los ojos bajos, parecen sonámbulos. Por mi lado pasan mi padre, Dulce, Pepita, don Miguel Forteza, alcalde del pueblo, don José Aparicio, Ginés Moreno, Paco Moreno y doña María Giménez, mi maestra cuando yo era párvulo; la miro, pero ella a mí no; la sigo mirando, estoy por darle un toquecito en el brazo a ver si me ve, pero ya se ha metido en su fila, donde se arrodilla y hunde la cabeza entre las manos, ¿estará llorando? Estoy dolido, nunca había pasado por mi lado sin dedicarme una sonrisa, que es como una luz con música.

Terminada la misa, hago cola para meter la mano en la pila del agua bendita. Entonces una cara fresca se acerca a la mía y recibo un beso fuerte. Es doña María, que me sonrío con la picardía de siempre, y que parece decir: «¿Ves cómo no me olvido de ti?» Yo tampoco me olvido de ella. Voy bajando la cuesta de la Iglesia junto a mi padre y don José Aparicio, compañero suyo. Voy dando saltos, tengo ganas de jugar.



El párroco don Pedro "el Cruel" sermoneando desde el púlpito.
(Dibujo de Clemente Gerez)

— *¿Es verdad que María Giménez se quiere ir del pueblo?* —pregunta don José—.

— *Sí, sí.*

— *¿Para volver a su tierra granadina?*

— *Pues no, me ha dicho que le interesa una escuela lo más cerca posible de Almería.*

Dejo de saltar, me ha entristecido esa noticia.

PARATÍFICAS

He tenido fiebres paratíficas —primero las pasó mi hermana— y durante más de tres semanas no he tomado más que uvas peladas. Hace tres días me levanté de la cama y, al principio, me mareaba de la debilidad que tenía. Hoy he dado un paseo con mi padre por el Malecón. Cada dos pasos se paraba a saludar a alguien.

— *¿Este es el enfermo?* —le ha preguntado el Sr. García Alix, uno de los que veranean en el Male-

cón y que dicen que tiene un palacio en Cuevas de Almanzora—. Es gordo como un globo y siempre está sentado frente al mar con unos anteojos colgádole del cuello. A su lado se sienta su hijo, otro globo, pero no tanto como su padre. Los dos hijos del hijo son amigos míos. Coleccionan cajas de cerillas y cromos como yo y nos cambiamos los repetidos; y tienen una máquina de cine que pone dibujos animados. Por la mañana se bañan siempre con su familia enfrente de la casa. Por la tarde se visten de blanco, muy limpios y planchados, y se ponen calcetines y zapatos o sandalias de cuero. La mayoría de los chavales del pueblo no usamos más que alpargatas, y algunos van descalzos.

Junto a los García Alix veranea el médico Zurrungaza, un vasco de cuerpo enorme que también otea el mar con un par de anteojos. Sobre los barcos que pasan cerca están más o menos de acuerdo en el número de toneladas, bandera y tipo de nave, pero sobre los que apenas se siluetan en el horizonte raramente coinciden. Esta tarde, al verme, el Dr. Zurrungaza ha exclamado:

— *¡Este niño necesita sobrealimentación!*

La frase me ha llegado al alma porque desde que me levanté de la cama tengo un hambre que me atormenta. Me desayuno dos tazones de leche con sopas, pero a la hora me tomaría otros dos. A mediodía tomo un huevo frito sobre la comida de los demás —huevo que mis hermanos miran con envidia— pero me tomaría dos.

MÁS NOVEDADES

Ya salió a concurso de traslados la plaza que mi padre esperaba con tanta ansiedad. Se trata de la escuela de *Orientación Marítima* de Almería, del mismo tipo que la que tiene en Garrucha, y no duda que reúne más puntos que ningún otro aspirante posible. No salía a concurso público, al parecer, porque la ocupaba en interinidad un falangista. Era un joven maestro que ha muerto en el frente de Rusia luchando en las filas de la División Azul.

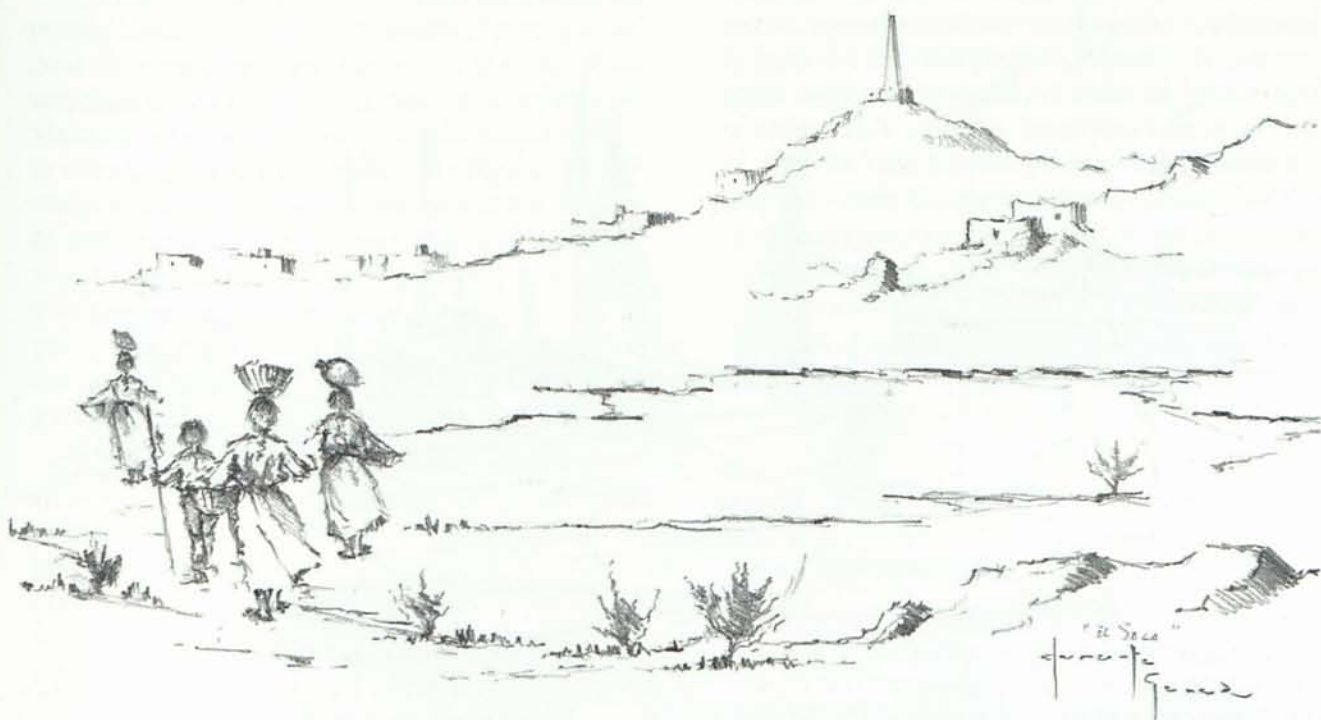
Manuel ha tenido que presentarse, como casi todos los de su edad, en la Caja de Reclutas de Almería. El Generalísimo o Caudillo Franco ha sacado un decreto por el que los jóvenes comprendidos entre la edad tal y la edad cual tienen que incorporarse a filas. Vuelve así a ser soldado, pero ahora de los nacionales, de los que tuvo enfrente cuando militó en el ejército de la República durante la guerra.

EL PASEO

Los domingos por la tarde los mozos y las mozas del pueblo pasean por la calle Mayor de punta en blanco. Ellas van tan arregladas que a veces cuesta reconocerlas. De la noche a la mañana han crecido un palmo por los tacones que calzan, luciendo además un tupé muy de moda al que han bautizado con el nombre de «Arriba España». Ellos llevan el pelo empapado de brillantina y los que visten chaqueta y corbata caminan muy estirados, como sujetos por un corsé. Se ven unas pocas parejas de novios, relación que como tantas otras cosas del mundo de los mayores me parece ridícula. La mayoría pasea en ristras separadas de hombres y mujeres, pero yo noto que cuando se encuentran, y mucho más cuando se paran a hablar entre sí hacen muchas idioteces. Les entran risas estrepitosas, gritos, contorsiones y aspavientos. Es muy similar a cuando mi madre echa patatas a freír en el aceite hirviendo. Yo a ellas —mi hermana incluida— las veo tontas rematadas, y ellos me dan pena —¡hombres como castillos haciendo de aquella manera el ganso!—. Manuel y Juan me hacen sentir vergüenza ajena. Otros más jóvenes me producen irritación; son los que hace cuatro días todavía volaban cometas y jugaban a las trompas y a las bolas y, de pronto, como si les hubieran dado un bebedizo, se les ve encandilados por las zagalas de su edad. Se han pasado al bando de los imbéciles.

SOY LIBRE

A los pocos días de saber que le habían adjudicado la escuela solicitada, mi padre marchó para Almería acompañado de mi madre y de Gabriel y Antonio, mis dos hermanos menores. De momento están viviendo en casa de mi tía Antonia y, cuando encuentren casa, nos iremos para allá Juan, Carmen, la abuela y yo. Desde entonces estoy gozando de una gran libertad, sobre todo porque no tengo que ir a la escuela. Esta mañana, desde la puerta de mi casa veo que entra en el puerto pesquero una mamparra, *Los seis hermanos*, mientras de otra, ya fondeada, están descargando cajas de pescado. Se oyen voces bruscas de los pescadores, unas gaviotas se posan en la playa y sobre el mar espejea el sol, que ha pasado de color amarillo a color plata. Desde la cocina me llama ya mi abuela que había puesto la leche a calentar, y en cuanto me tome el tazón de sopas me echo a la calle. Necesito jugar, correr, explorar. Cada día corro una aventura emocionante con mi amigo Diego



Chimenea de la antigua y abandonada Fábrica de Desplatación, lugar elegido por los niños para sus juegos y correrías.
(Dibujo de Clemente Gerez)

El de la Viuda, que tiene trece años y ya no va a la escuela. Hasta ahora la correría que más me ha gustado es la que hicimos a la «explatación», una gran fábrica medio derruida más allá del puerto, en el camino de Palomares. Dentro se crían lagartijas y escorpiones, y por los tejados anidan aviones. Es muy divertido dar gritos allí dentro y oír cómo los repiten las paredes. Es como si hubiera alguien escondido que hace burla. La explatación tiene una gran chimenea cuadrada, pero es mucho más alta la que se eleva sobre un cerro, justo a la espalda del pueblo, y que es conocida como la chimenea del Calvario. Con ella se junta la «cimbra», una larga bóveda que corre por la parte alta del pueblo; está hecha de argamasa y tiene la altura de un hombre. Cuando dejó de funcionar la fundición se aposentaron allí muchas familias gitanas que levantaron tabiques de separación y abrieron puertas, ventanas y chimeneas.

La Cimbra es un barrio sucio y maloliente. En la explanada que tienen delante los gitanos echan sus basuras y aguas sucias, y las necesidades las hacen detrás. Los gitanos llevan la ropa pringosa y se lavan poco. Son lateros, lañadores, traperos, cesteros y cosas así, y van por los cortijos y los pueblos pregonando su oficio. Desde que acabó la guerra la Cimbra está más abandonada que nunca. Sólo quedan

tres o cuatro familias, y dice mi madre que no entiende cómo pueden sobrevivir, habiendo tanta escasez de alimentos y falta de trabajo.

Me ha tomado el desayuno a trágalo perro y, aprovechando que mi abuela está en el patio regando sus macetas, doy un salto y salgo corriendo por la puerta del Malecón. En seguida estoy en la lonja donde todo el mundo habla a gritos. Los barcos han traído jurel, sardinas y boquerón principalmente, que se ven en cajas apiladas, ya subastadas. Ahora están pujando por los pescados grandes, emperadores, tintoreras y marrajos que pueden medir tres y cuatro metros. Luego empiezan a cantar los peces raros, los más sabrosos, como rayas, gallos, gallinetas, congrios y rapes; este tiene una boca feroz. Acaban pronto, la gente se dispersa y yo me voy al puerto pesquero.

Hoy el mar llega delicadamente a la playa, como no queriendo romperse y casi lo consigue, pero por el fondo se estremece; se nota en los barcos amarrados, que se bambolean como si tuvieran azogue. Entre ellos, cada uno al costado de otro, flotan grandes manchas de petróleo, que son como una costra de grasa. En un barco veo un tripulante con los pantalones remangados hasta la rodilla y descalzo. Se inclina sobre la borda, llena un balde y lo vierte de golpe sobre la cubierta. Llego al extremo del espigón y



Llegada de los pesqueros a puerto con las capturas del día. (Dibujo de Clemente Gerez)

desde allí veo unos pescadores en fila india que llevan el arte de un barco enrollado al hombre. Suben hasta el Malecón y lo van desenrollando sobre el suelo. Hay que recoser los rotos que pueda haber después de la faena. La red lleva corchos en un borde y plomos en el otro.

EL PUERTO

Desde que tuve uso de razón vi siempre enfrente de mi casa el muelle de Garrucha, que arranca desde el extremo Norte del pueblo y hace como un arco, quedando toda la mar que abraza a resguardo de los fuertes vientos de levante. La escollera la formaban grandes peñascos desnudos en dos filas colocadas en ángulo recto: la horizontal o varadero y la vertical o contrafuerte. En medio había una grúa y en la misma punta una farola. Tiene menos años que yo el muelle, el Puntalón. La primera piedra se colocó en el año 31. Fue uno de los mayores acontecimientos vividos por el pueblo, según decía mi padre. En las fotos que se hicieron se puede ver una gran multitud: unos vestidos de blanco, muy elegantes, y otros con ropa muy modesta.

Al puerto llegaba algún pequeño vapor, y más frecuentemente pailebotes que llamábamos «faluchos», con matrícula de Barcelona, Alicante, Cádiz, Málaga. Navegaban a vela y tenían dos o tres palos. Casi siempre había alguno atracado cargando esparto, una planta que crece por los montes de aquí y que siempre se ha utilizado para hacer cuerdas, espuestas, capachos, cestos, esteras, esparteñas y otras muchas cosas. Comerciaaba con este producto la familia Fuentes, que eran los más ricos del pueblo. Vivían en una hermosa casa de la calle Mayor y tenían dos hijas, Conchita y Pepita, muy amigas de mi hermana Carmen. Su padre, don Pepe Sánchez, llevaba las riendas del negocio, pero el fundador fue don Simón Fuentes, muy famoso en toda la comarca, que llevaba el sobrenombre de *Rey del esparto*.

De don Simón y otros dos personajes del pueblo se decía lo siguiente para significar sus diferencias de caudales:

*Don Alberto se limpia el culo con un pimiento,
don Arturo se limpie el culo con cinco duros
y don Simón se limpia el culo con un millón.*

La construcción del puerto, vieja aspiración del pueblo, supuso un gran alivio contra el paro que llegó a alcanzar tintes dramáticos tras la ruina de las empresas dependientes de la minería. A lo largo del Malecón —frente a mi casa— pasaba una locomotora tirando de vagones cargados de peñascos para el espigón. Las vías siguieron mucho tiempo después de terminadas las obras. Algunos pescadores prefirieron abandonar la incertidumbre de la faena en el mar para ganar un jornal fijo, lo que era criticado por los más marineros. Los consideraban desertores que se habían vendido por «catorce reales el muelle y dieciséis la carretera», frase que se hizo popular.

El puerto elevó considerablemente la capacidad comercial de Garrucha. Hasta entonces los barcos grandes tenían que fondear en mar abierto frente a la playa, sirviendo de enlace para la carga y descarga unas barcas a remo conocidas como «gabarras». La faena era lenta, agotadora y expuesta a los temporales. Así se exportó todo el mineral argentífero durante la segunda mitad del siglo XIX, y frente al Malecón de Garrucha fondeaba un legendario buque, *El Oranero*, que se dedicó a llevar emigrantes a Orán cuando los pozos cerraron. El poeta ciego Antonio Cano Cervantes aludió a aquel barco en su poema «La emigración» (*Cantos de mi pueblo*, 1909), en el que un viejo trata de disuadir a un joven de que embarque y abandone su tierra y su familia, al tiempo que condena a los «señoricos», la clase pudiente, indiferente ante las penalidades de los pobres:

*¡Si cá ves que bajo
y veo el oranero
embarcando gente,
me da un sentimiento
vel como se suben
igual que borregos!*

Son conmovedores versos escritos en el habla del pueblo garruchero de la época, o más exactamente el habla del Levante almeriense, que todavía no se ha perdido del todo, notablemente entre las personas mayores. Puede surgir de vez en cuando una palabra difícil de entender para el lector de hoy día, como «ñeblos» (nervios), pero afortunadamente el libro de Antonio Cano ha sido editado modernamente (1980) con un glosario de ayuda.

Detrás del muelle se extiende una playa de varios kilómetros de largo a la que llaman el «Playazo». Es una franja que se extiende hasta el pueblo de Villaricos y que deja a la izquierda el poblado de Palomares, a unos tres kilómetros de Garrucha. A Palomares se llega por un camino de tierra paralelo a la costa. Sólo las ruinas de las antiguas instalaciones mineras,

como la «explatación» de Garrucha se alzan en aquel trecho, apenas transitado. En el verano, sin embargo, la parte del Playazo pegada al puerto de Garrucha cobra animación y cierto colorido. Es lugar elegido por familias del entorno campesino y también de los pueblos de Vera, Cuevas y Antas para bañarse en el mar. Se vienen en carros y bestias cargados de víveres y se aposentan sobre la playa, alojándose en tiendas cuadradas que ellos mismos levantan con palos y vistosas jarapas de listas blancas y negras. Llegan a formar un verdadero poblado frente al mar. A finales de agosto estas familias empiezan a abandonar su campamento, y a principios de septiembre *Villajarapa* ha desaparecido como tragada por el mar, quedando el Playazo vacío y desolado.

SIN «DE»

Pepe Fernández es alumno del Instituto de Segunda Enseñanza de Almería, pero ahora está aquí de vacaciones. Es muy amigo y admirador de Manuel, que por las mañanas, y alguna tarde, tiene que vestirse de soldado y permanecer en el cuartel, donde está destinado en oficinas. Cuenta que se ha hecho de una sahariana de oficial y anda exhibiéndose con ella por las calles de Almería. Algunos, sobre todo las mujeres, se tragan el anzuelo. Manuel se junta con algunos ex compañeros del desaparecido Instituto de Cuevas de Almanzora y hablan todo el tiempo de literatura. Ahora están leyendo a los novelistas rusos y a Dickens, en la colección *Novelas y Cuentos*. A Manuel le ha encandilado Dostowieski con *Crimen y castigo*, *El idiota* y *La aldea de Estepanchikovo*, sobre todo ésta. Ha tenido un pequeño contratiempo motivado por el rechazo que le producen los oficiales de su regimiento. No los puede ver; los considera incultos, necios y arrogantes, resistiéndose todo lo que puede a hacerles el saludo reglamentario, levantarse cuando entran en el despacho y tener que decirles «a sus órdenes» cada dos por tres. Por manos de Manuel pasan las nóminas de todos los mandos del cuartel, lo que le permitió observar que un buen número de ellos usan el «de» y el «y» con sus apellidos —una ridiculez y una cursilería—; hasta que un día se hartó y en la lista que le habían encargado mecanografiar, omitió aquellas partículas. Uno de los afectados, un capitán, cogió «un cabreo fenomenal» y le metió un arresto de una semana.

EL ÚLTIMO PARTIDO

Esta mañana estuve jugando al fútbol en El Salar, detrás del Calvario, y por la tarde en El Tenis,

que es una gran finca abandonada situada junto junto al Puntalón. Está rodeada de una tapia bastante alta y en su interior hay una explanada, varias palmeras y un bosquecillo de eucaliptos que adornan las fachadas de varios edificios derruidos. El suelo está sembrado de las hojas y bolitas de los eucaliptos que arranca el viento, dando un olor de medicina, pero muy agradable. Su sombra es además una buena defensa contra el calor del verano, cuando en sus ramas chirrían las cigarras. El tenis es alegre y acogedor, lo contrario que la explotación, otra ruina del pasado, que tiene algo de cementerio. En una foto del álbum de Marta Figuera, vecina nuestra, se ve a un grupo de gente, hombres, mujeres y niños, unos sentados y otros en pie, sosteniendo cada uno una raqueta de tenis. Entre las familias del Malecón, dice mi padre, el tenis debió ser una especie de epidemia. Yo recuerdo una moda que también enganchó a mayores y menores, cuando yo tenía cuatro o cinco años, y fue el yoyó, un carrete pendiente de un cordón que se enrollaba o desenrollaba subiendo o bajando la mano. Yo veía muy ridículos a los mayores que practicaban este entretenimiento. Entre los niños también tuvo mucha aceptación el aro conducido por una guía. Había aros de fábrica, hechos de madera o de metal, bien acabados y fuertes, y los había toscos, hechos por los mismos zagales.

Estaba ya el sol trasponiendo cuando dimos por terminado el partido de fútbol. La mayoría de los zagales se habían ido yendo a sus casas y ya no quedábamos más que tres o cuatro, que corríamos agotados tras la pelota. Estábamos cubiertos de sudor y polvo, y me habría unido a los que se encaminaron hacia la playa para darse un chapuzón, pero me acordé de la promesa que le tenía hecha a mi abuela: estar de vuelta en casa antes de que anocheciera. En una esquina del Malecón vi a mi hermana hablando tan

excitadamente con unas amigas que me figuré de qué hablaban, y en seguida me lo confirmó mi abuela. Mis padres han encontrado por fin casa en Almería y nos esperan a los de aquí. Juan ha empezado esta misma tarde las gestiones para encontrar una camioneta que traslade los muebles.

Yo ahora estoy acostado, sin poder conciliar el sueño. He estado pensando en lo que mi padre me dijo en varias ocasiones. Debo hacer el bachillerato y, si es posible en el futuro, una carrera universitaria, lo que mis hermanos mayores, por el quebranto de la guerra no han podido hacer. Pero voy atrasado. Tendría que estar ya cursando el tercer año. Mi obligación por tanto es recuperar el tiempo perdido, hacer dos cursos en uno, siendo el primer paso presentarme a ingreso y primero. Este es el plan que tengo que cumplir para "ser un hombre de provecho", como repite mi padre, y que yo no sé bien lo que es, aunque sí tengo claro que lo que más me gustaría es dedicarme a correr aventuras como los personajes de mis lecturas y hacer inventos. Inventar me apasiona. Pero ¿es esa la verdadera causa de mi desvelo esta noche? No, es algo mucho más cercano. Por un lado me llena de gozo ver que pronto estaré viviendo en Almería, la capital soñada, con su parque de palmeras a lo largo de su gran puerto, el Paseo del Príncipe y la Puerta de Purchena con edificios enormes y relumbrantes escaparates, la colosal Alcazaba y otras muchas maravillas. Por otro lado me siento cayendo hacia un fondo oscuro y misterioso. Me pellizco y no es una pesadilla, estoy despierto. Estoy en mi cama de mi cuarto de mi casa de mi pueblo de Garrucha, donde han transcurrido los trece años de mi vida, donde tengo este mar, esta playa, este aire y mis amigos y mis juegos; todo lo que voy a perder como quien pierde un brazo o una pierna.

